

SERMON

PARA EL DIA

DE LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

*De qua natus est Jesus qui vocatur
Christus.*

De la cual nació Jesus, que es llamado
Cristo.

Math. cap. I. v. 16.

Bendigamos á Dios, mis amadísimos hermanos, que ha determinado tengan cumplimiento las antiguas profecías. Aquella mujer ofrecida al mundo desde el paraíso, y cuyo destino era quebrantar la cabeza del mónstruo infernal, homicida de la humanidad; la que habia de venir á ser la contraposición de la primera Eva; la que habia sido predestinada desde antes que existiesen los siglos para producir al que habia de romper las cadenas de la esclavitud del hombre; aquella en cuyo favor se decretaron gracias extraordinarias á ninguna otra concedidas; el lucero hermoso que debia de preceder al Sol divino de justicia Cristo Jesus, ha aparecido ya en el horizonte del mundo, realizándose lo que formara la espectación de los humanos en la dilatada série de cerca de cuarenta siglos. No preguntéis por que la Iglesia celebra con tanto júbilo

la festividad de este dia: si alegres cánticos resuenan bajo las bovedas de nuestros templos: si nubes de incienso se elevan ante los altares: si llenos de entusiasmo nos agrupamos en torno de la bella Imágen de María, es porque su bendito nacimiento que hoy recordamos, fué el preludio de la dicha de la humanidad.

Si es una verdad que por María vino Dios al mundo, lo es tambien que por ella hemos de merecer llegar á Dios: no se puede el hombre separar de María, sin separarse de Jesus; no se puede apartar de Jesus sin apartarse de Dios. El destino de María ha estado vinculado necesariamente al de su Divino Hijo. No tratamos ahora de sondear los senos de la Providencia; pero es necesario, es preciso creer que formado por Dios el proyecto de la redención del mundo, la Santísima Vírgen estaba envuelta, estaba encerrada, digámoslo así, en ese decreto. El Verbo habia de hacerse hombre, para que los hombres pudiesen hacerse hijos adoptivos de Dios. Oigamos ahora unas preciosas frases de San Francisco de Sales. «Esto supuesto, dice el Santo, podia Dios hacer de muchas maneras la humanidad de su Hijo, haciéndolo verdadero hombre, como por ejemplo criándolo de la nada, no solamente en cuanto al alma sino tambien en cuanto al cuerpo: ó bien formando el cuerpo de alguna materia precedente, como hizo el cuerpo de Adán y Eva; ó bien por vía de engendramiento extraordinario de una mujer sin hombre y deliberó hacerlo de esta última manera. Entre todas las mujeres que con esta intención podia escoger, eligió en fin la Santísima Vírgen María, por medio de la cual seria el Salvador de nuestras almas, no solamente hombre, sino hijo del

«género humano (1).» En efecto, señores, María es el lucero que precede al Sol Divino de justicia: Jesucristo tenía que aparecer en el mundo, y antes tenía que presentarse María, porque en ella habían de llevarse á cabo los planes de la Providencia. El nacimiento de esta niña bienaventurada era la señal de la libertad del mundo; pero el mundo pasa desapercibido su natalicio, celebrado en el empíreo por los ángeles. Ha nacido la que ha de ser lecho florido del Salomon Divino, templo y trono de la sabiduría eterna. Ha nacido la que ha de quebrantar la cabeza al infernal dragon autor de nuestros males. Ha nacido, en suma, aquella Virgen sin par, cuyo natalicio había sido significado por los Profetas bajo las mas brillantes figuras: cumpliéronse, pues, las esperanzas de los justos, realizándose las palabras de Isaías, que había dicho: «Nacerá una Virgen, que concebirá y dará á luz un hijo cuyo nombre será Manuel (2).»

Contemplad por un momento, M. A. O., los grandes efectos del nacimiento de María: considerad con la fé que os distingue, todo el significado de las palabras que puse por cabeza de este discurso, y no dejareis de comprender cuán justo es el regocijo de la Iglesia al celebrar el natalicio de la escogida Virgen de Judá: *María de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*: María, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo. Esta cualidad de Madre de Jesucristo dá á María una dignidad casi infinita, por el respecto que dice al órden hipostático. Su santidad, ó mejor diré, la santi-

(1) San Francisco de Sales en su tratado del Amor de Dios, lib. II, cap. IV.

(2) Isai. VII, v. 14.

dad que la acompaña en su nacimiento, puede concebirse por lo elevado de su grandeza. Santidad y grandeza de María Santísima: ved ya mi objeto.

Virgen Purísima, palma exaltada en el Cadés de la gloria: ignoro con que palabras he de seguir en tus alabanzas: tú eres la obra por todos títulos grande, que nacistes para servir de habitacion, no al hombre terreno, sino á Dios (1). ¿Qué pedirás á tu Santísimo Hijo, que no sea concedido en el momento? Pídele, pues, Señora del mundo, luz de las gentes y auxilio de los cristianos; pídele se digne iluminar mi entendimiento con un rayo de su divina gracia, capaz de disipar las tinieblas que me rodean, y hacerme apto para publicar tus alabanzas. Mientras tanto nosotros en prueba de nuestro afecto te saludamos, repitiendo las palabras del ángel, *Ave María*.

PARTE ÚNICA.

Si yo pretendiese probar la grandeza de la Santísima Virgen por su esclarecida estirpe, en este caso bastariame llamar vuestra atencion sobre el trozo del Santo Evangelio que se acaba de cantar por ese sagrado levita. La escelsa niña cuyo nacimiento celebramos, es descendiente de los mas altos y distinguidos personajes, y refiriendo San Mateo su genealogía nos nombra á un Abraham, á un Isaac, á un Jacob, á un Judas, á un Phares, á un Aram, á un Aminadab, á un Naason, á un Salmon, á un Booz, á un Obed,

(1) *Opus namque grande est neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo, I. Paralip. cap. XXIX, v. 1.*

á un Jessé; seguiria haciendo mencion de un David, de un Salomon, de un Roboan, de un Abias, de un Joathám, de un Ezequías, y entre otros muchos de un Eliud y de un Eleazár. Empero la grandeza de María no la constituye seguramente lo elevado de su nacimiento ni su ilustre prosapia. Hemos insinuado en el exordio que María Santísima entró en los planes de la Redencion; y en efecto, cuando Dios maldijo á la serpiente y la dijo: «Pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar (1)» quiso decir, segun entienden estas palabras los Expositores: «Tú has vencido á la primera mujer: mas yo levantaré otra que se burle de todas tus asechanzas. De esta nacerá un Hijo, que será la cabeza de un nuevo pueblo, el cual te declarará perpétua guerra y enemistad.» Luego Dios tenia ya presente á María, y no solamente entonces sino aun antes que formara la tierra; pues que como Omnisciente ya sabia que el hombre habia de caer, y tendria formado el proyecto de la Redencion; y ved, señores, si con razon aplica la Iglesia á María Santísima estas misteriosas palabras del sagrado libro de los Proverbios: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes que hubiese ejecutado cosa alguna en el orden de la naturaleza. Yo he sido predestinada desde la eternidad, y antes que la tierra fuese criada en los primeros dias. Todo yacia confundido en el caos de la nada: aun no existian los abismos; aun no habian brotado las fuentes de las

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. Génes. III, v. 15.

»aguas, ni estaba asentada la grandiosa mole de los montes; antes que apareciesen los collados, los rios y los cuatro ángulos del orbe, ya habia yo sido dada á luz en la mente del Altísimo (1).»

El destino de esta augusta niña, era en verdad elevadísimo; su destino era el ser Madre de Dios y Co-redentora del mundo. Si fué escogida para Madre de Dios, claro es que ni antes ni despues de ella, ha habido ni habrá mujer de mas virtudes, mujer mas santa, porque no es de creer que para llevar á cabo el plan de la redencion hubiera escogido el Señor á una mujer menos santa que otra. Ved ya en lo que yo encuentro la grandeza de María: en sus virtudes. Ella en premio de las virtudes que Dios sabia habia de practicar en grado heróico, fué destinada para llevar á cabo los secretos del orden hipostático, y por esta dignidad á que habia de ser ascendida, la preservó en su Concepcion de la mancha original.

Empero dejemos discurrir sobre este asunto á un sábio de nuestros dias á quien ya podremos llamar apologista de la religion: escuchemos los elevados pensamientos del escritor que hoy arrebatata las atenciones. «La destinacion de María, participa de la de su Divino Hijo, mas que de la destinacion del género humano. No es decir que no participe ella del destino del género humano, puesto que hasta su mismo Hijo participa y esto no es sino por ella. En todo la participa este, escepto en una cosa: el pecado; *absque peccato*. Ahora bien, esa abstencion del pecado, esa santidad que separa á Jesucristo del género humano, ha comenzado para Jesucristo en María como en un aurora, y ha sucedido así no solo

(1) Proverb. cap. VIII.

por favor para su Madre, sino, y es lo que he intentado decir, por la condicion de esa maravillosa maternidad, que á diferencia de todas las demas, es el efecto de una operacion espiritual que tiene su asiento en un alma dotada de todas las gracias que habian de hacerla no solamente digna, sino apta para ella (1).»

María, pues, ha sido hecha inmediatamente para Cristo: Cristo es Dios, es un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas: Dios no quiso que David tomara parte en la fabricacion del templo, tan solo porque habia manchado sus manos en sangre, y eligió á Salomon, entonces inocente cual un niño de pecho, y esto que en el templo fabricado por Salomon no habia de habitar en cuerpo y alma: y siendo María un templo verdadero, porque en su virginal vientre habia de habitar la santidad por esencia, el Verbo Eterno, ¿seria posible que no estuviese dotada de santidad aun antes de su glorioso nacimiento? No es posible: Dios, segun la espresion de un Padre, se hubiera deshonrado á sí mismo. Así pensarian seguramente los profetas, cuando la anunciaban al mundo bajo los tipos mas sublimes. Ellos contemplaban los sucesos futuros: veian iluminados sus entendimientos por Dios, á través de los siglos y los grandes sucesos que se preparaban: veian á Dios abandonar su trono de gloria, y descender á hacer que tuviera efecto el misterio de la Encarnacion: veian una criatura, una mujer en quien debian tener lugar tan extraordinarios acontecimientos; y arrebatados contemplaban su elevacion

(1) Augusto Nicolás. Nuevos estudios filosóficos sobre el Cristianismo. El Plan Divino y la Virgen Maria. Lib. I, cap. VII.

y grandeza; y considerando nosotros, hermanos míos, la dignidad de María, será imposible que podamos encontrar un tipo mas gracioso, y queriendo hacer comparaciones, dirigiremos nuestros pensamientos á las heroínas del Testamento antiguo, y no obstante que admiraremos sus proezas celebradas en las sagradas páginas, no veremos en ellas mas que tipos de María: contemplaremos á Esther ante el trono de Asuero pidiendo gracia para su pueblo perseguido, y en el momento conoceremos que es figura de María, que se emplea en pedir gracia ante el trono del Divino Asuero Jesucristo, en favor de los que somos hijos y componemos su pueblo. Contemplaremos á Judith, cortando la cabeza á Holofernes y presentándosela á su pueblo, y al escuchar las alabanzas públicas que le dirigen por todas partes al oír que se la llama, gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de su pueblo (1) conoceremos que María es la acreedora á tales alabanzas.

¡Mas para que nos detenemos en hacer comparaciones, cuando María es la criatura mas privilegiada que ha salido de la mano de Dios! Despues de la Encarnacion del Verbo, María fué la obra mas grande y mas digna de sí que el Omnipotente hizo en este mundo, como se esplica el Damiano: *Opus quod solus Deus supergreditur*. David lo habia profetizado: la divina gracia no destiló poco á poco sobre María como sobre los demas santos, sinó que se derramó como la lluvia sobre el vellocino de lana (2). Si necesario era que así fuese, si atendemos al destino de María, pues

(1) Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi tui. Judith. cap. XV. v. 10.

(2) Sicut pluvia in vellus. Ps. LXXI. v. 6.

que segun la doctrina de Santo Tomás, á cada uno dá Dios la gracia proporcionada á la dignidad á que la destina (1). Consideremos, pues, si ha habido alguna criatura cuyo destino haya sido más elevado que el de esta augusta niña. Ni los príncipes que nacieron para ocupar un trono, ni los grandes capitanes cuyo valor y conquistas justamente celebra la historia, ni los héroes de la religion que reunieron á su santidad una profunda ciencia, con la que combatieron la impiedad é hicieron resplandecer las verdades dogmáticas, tuvieron un destino tan elevado: la Providencia los suscitó para llevar á cabo sus proyectos; pero las gracias que recibieran no pueden ser comparables con las de la Santísima Virgen, toda vez que su destino era inferior. Nació María para ser la contraposicion de Eva. La Madre del género humano trajo la pena al mundo; la madre de nuestro Señor trajo la salud: la inobediencia de aquella nos perdió: la obediencia de esta nos salvó (2). María es superior en santidad á todos los Santos, así como el sol es superior en luz á todas las las estrellas.

Mas yo no sé, señores, á que me detengo en hablaros de la santidad y grandeza de María, cuando con deciros que ella es aquella mujer privilegiada que fué destinada á ser Madre de Jesus, es suficiente para que vosotros conozcais que debió ser un elevado monte de santidad. *María de qua natus est Jesus qui vocatur Christus*. Estas palabras del Evangelista nos dicen se-

(1) Unicuique datur gratia, secundum id, ad quod eligitur. 3. p. q. 27.

(2) Mater generis nostri pœnam intulit mundo genitrix Domini nostri salutem intulit mundo. Austrix pec ti Eva, austrix meriti María. Eva occidendo odvit. Illa percussit, ista sanavit. Pro inobediencia enim obedientia commutatur, fides pro perfidia compensatur. S. Aug. serm. 18 de Sanctis, qui est 2 de Anuntiat. Dominica.

guramente mucho mas que nos dijeran los Profetas en los tipos con que la anunciaron al mundo, mas que cuanto han dejado consignado como señal de su devocion ardiente á la Madre del Salvador, los Gerónimos, los Crisóstomos, los Gregorios, los Damascenos, los Bernardos y demas Padres.

¡Día dichoso sobre toda ponderacion! Día feliz aquel en que nace María para ventura de la humanidad, para consuelo y auxilio de los desgraciados hijos del padre prevaricador! No me voy á detener, hermanos míos, en presentar á María en su segundo destino de Co-redentora del mundo. Yo deseo haceros ver que en ella debemos los cristianos fundar toda nuestra esperanza, y para ello bastará tan solo que os recuerde lo mucho que siempre ha hecho en favor de la humanidad. Preguntad en todos los pueblos cristianos, en las grandes capitales como en las aldeas mas miserables y en todas os contarán maravillas. Aquí oireis hablar de un terremoto que amenazó destruir un pueblo, y que fué contenido por la proteccion de María, cuyo amparo impetraron sus devotos: allí escuchareis la relacion de unos marinos que debieron el no haber perecido entre las encespadas olas, á haber rogado con fervor á la protectora benéfica de la humanidad. ¿Quién hay que se esconda del calor de su caridad? ¿Quién ha dejado de experimentar sus favores? ¡Ah! Que si el mundo la colma de bendiciones: si el Cristianismo celebra entusiasmado el feliz momento en que se verifica el nacimiento de esta augusta criatura, es porque con ella nos vinieron multitud de bienes. Ella nos dió al Salvador, dándonos de este modo la vida, y hoy en la cumbre de su grandeza, no pudiendo desentenderse

de su maternidad espiritual para con nosotros, tiene su idea fija en favorecernos, en escuchar nuestras plegarias y alcanzarnos eternas bendiciones.

¿Y cómo no había de ser así? ¿Cómo había de cerrar sus oídos á nuestras súplicas? ¿Cómo había de abandonarnos en el día de la desgracia? ¿Cómo había de mostrarse indiferente á nuestras aflicciones, cuando nosotros componemos la herencia que su Divino Hijo le dejara en su último Testamento? Siempre que María ha pedido gracia para los pecadores, la ha alcanzado en abundancia de su Divino Hijo; ved aquí por qué la llama el venerable abad de Celes, Tesoro del Señor y tesorera de las gracias (1), y por qué asegura el devoto Ricardo de San Lorenzo que Dios ha depositado en María como en una tesorería de misericordia, todos los dones de la gracia, de cuyos tesoros enriquece él á sus siervos (2).

Estad persuadidos, hermanos míos, que así como Jesucristo es el único mediador de propia autoridad y excelencia interpuesto entre los hombres y su Eterno Padre, el mismo Jesucristo ha querido que su Madre sea medianera de intercesión interpuesta entre él y nosotros: esta consideración ha hecho esclamar á un Padre, que María es el acueducto por donde vienen á nosotros los mas abundantes raudales de la misericordia divina. La grandeza y santidad que acompaña á María desde el momento de su nacimiento ya lo habreis comprendido por su destino de Madre del Salvador, y que ella es nuestra abogada y medianera, que

(1) *Thesaurus Domini, et thesauraria gratiarum. Prol. Cant. Virg. cap. I.*

(2) *Maria est thesaurus, quia in ea ut in gazophilacio, reposuit Dominus omnia dona gratiarum, et de hoc thesauro largitur ipse larga stipendia suis militibus et operariis. De Laud. Virg. lib. 4.*

de ella debemos esperar el remedio de nuestras tribulaciones, os lo dicen mas alto que mi voz, los grandes beneficios que de ella habeis recibido en todos tiempos. María está siempre dispuesta á favorecer á los que á ella se acojen, á interceder por los que invocan su hermoso nombre. Mil peligros, señores, nos rodean por todas partes: adonde quiera que volvamos nuestra vista no encontraremos mas que escollos y precipicios, y el comun enemigo de nuestras almas nos rodea y busca la ocasion de perdernos miserablemente. ¿Y á quién recurriremos á través de tantos precipicios? ¿Quién nos librará de tantos enemigos? ¿Quién nos estenderá una mano amiga, que sacándonos de este mar de angustias nos conduzca al puerto de salvación? Quién, María, en la cual hallamos toda esperanza y toda gracia. El que halla á María, encuentra la salud y la vida y consigue del Señor la salvación (1).

Vosotros, individuos de esta ilustre y venerable archicofradía, os habeis distinguido siempre por vuestra piedad y vuestra conocida devoción á la excelsa titular de este santo templo. Así lo habeis mostrado con vuestra piadosa asistencia á todos los actos religiosos, y con vuestros desembolsos porque no falte en esta Capilla el culto divino que en ella se viene practicando. Empero, deber mio es en esta mañana, antes de concluir, haceros ver el orden que debe llevar vuestra devoción para que sea aceptable á la Santísima Virgen. Una devoción esterna que no esté fundada en el cumplimiento de la ley de su Santísimo Hijo no puede ser bajo ningun concepto grata á los ojos de la Inmaculada Virgen. Es verdad constante, que ella

(1) *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino, Prov. c. VIII. v. 35.*

nos ama como hijos, pero su amor es recto y ordenada la caridad que vivifica su alma: por eso ama con amor de preferencia á su Divino Hijo, busca su gloria y se propone como blanco de sus conatos esterminar el mónstruo de la culpa de la haz de la tierra: sabe muy bien que el pecado fué el medio de que se valió Satánás para afirmar su imperio, que por él despreció el hombre á su Criador, desconoció su autoridad, ultrajó su gracia, menospreció sus beneficios, y sacudiendo un yugo dulce, suave y benigno, se esclavizó bajo un centro de hierro, y añadiendo eslabon á eslabon agravó la cadena de su infortunio: no ignora que el pecado condenó la justicia en el justo, y que dió muerte al Señor de la vida, y él es el mayor enemigo de Dios, y que para destruirle se humilló Jesucristo hasta la Cruz por nosotros; que no es posible amar al Señor y al pecado, pues no puede ser amar la luz y las tinieblas; y que por lo tanto ni Dios puede dejar de aborrecer la culpa, ni el hombre puede dejar de ser enemigo de Dios, mientras no la deteste y abomine.

Bajo estos inconcusos principios ¿cómo podrá ser ni llamarse devoto de María quien no quiere dejar el pecado y habita de asiento la region de la iniquidad? ¿Qué género de devocion se hallará en los que contentos en la ocasion de su ruina no se separan del lugar de perdicion y permanecen junto á la fiera que con su ponzoña pena su orgullo ó su imprudencia? ¿Qué derechos tendrán á los saludables frutos de esta devocion, los que juzgan ligera la ofensa cometida contra Dios, califican de pasatiempo el pecado y con sus escándalos llevan tras sí á otros á la maldad?

¡Ah! No puede ser verdadero devoto de María

todo el que no odie el pecado, y este es el espíritu que vivifica nuestro afecto, y lo conduce á aquel grado de eficacia, que es menester para vivir á la gracia.

Apartad de vuestros corazones el espíritu de soberbia, y practicad la humildad: ejercitad la caridad en orden á Dios y vuestros prógimos; detestad el pecado y entonces sereis verdaderos devotos de María. Esta Señora aceptará vuestras oraciones y presentándolas ante el trono de su Divino Hijo, os alcanzará gracias extraordinarias, gracias que os hagan llorar vuestras culpas, gracias que os santifiquen.

Asi lo esperamos de vuestra bondad, ¡oh dulcísima Madre de misericordia! postrados á vuestros piés y arrepentidos de las culpas con que hemos ofendido al autor de esa grandeza con que os hallais revestida, protestamos sériamente una total enmienda de costumbres. Corrije ¡oh Señora! el espíritu de impiedad que reina en nuestros dias, y danos fuerzas para que publiquemos vuestras alabanzas á pesar de vuestros enemigos: ilustra á los que yacen en la sombra del pecado, ayuda á los tentados, consuela á los tristes, cura á los enfermos, socorre á los necesitados, redime á los cautivos, lleva á puerto de salvamento á los navegantes, y que no haya uno que se esconda del calor de vuestra caridad: dirige, perfecciona y confirma en la gracia á los individuos que componen esta piadosa archicofradía, que tanto se esmeran en tributaros cultos y en publicar vuestras alabanzas: ora por el pueblo, intercede por el clero, ruega por el piadoso sexo, y alcánzanos á todos la divina gracia, á fin de que llegue un dia en que te acompañemos á dar loores eternos al Señor en la mansion feliz de la gloria. Amen.